

acaudillaba el Feheri de Ben Estepar, capitán veterano y astuto, digno caudillo de aquellos soberbios montaraces. Enardecidos á su vista los cristianos de la vanguardia que mandaba don Alonso de Aguilar, tomaron una bandera, atravesaron un arroyuelo que los separaba, y subieron tras ellos en tropel por las cuevas y laderas. Aunque don Alonso reprobaba aquella temeridad, apresuróse á proteger su gente, y en unión con su hijo don Pedro fué batiendo á los moros, los cuales se iban retirando por entre escabrosidades y precipicios hasta el corazón de la Sierra, en medio de la cual y en un terreno llano, pero circuido por todas partes de rocas, tenían sus mejores alhajas, sus niños y sus mugeres. Los moros se escondieron entre los riscos; y los cristianos, dando por segura la victoria, se abalanzaron sobre el botín desordenándose y esparciéndose en todas direcciones.

Era una noche tenebrosa, y los lamentos de las mugeres y los niños avisaron á los moros del peligro que corrían sus mas preciosos objetos. Por desgracia, en aquel momento crítico, la esplosion y el resplandor de un barril de pólvora que se incendió en el campo permitieron á los moros descubrir el desorden en que los cristianos estaban, sin armas muchos de ellos y cargados de botín. Animados á la vista de aquel espectáculo, deslizáronse á manera de espíritus infernales, valiéndose de la frase vigorosa de un historiador, por todas las gargantas y entradas de la meseta, y arre-

metiendo con horrenda gritería sobre los españoles, tuvieron sus cuchillas en la sangre de los unos, y obligaron á los otros á huir despavoridos perdiéndose por aquellos laberintos ó precipitándose por las simas de la sierra, repitiéndose aquella noche la desastrosa y memorable tragedia que años antes se habia ejecutado en la Ajarquía. En aquella espantosa confusion el conde de Ureña pudo ganar un lugar alto y despejado de la montaña y rehacer allí algunos de los suyos. Don Alonso de Aguilar, creyéndose abandonado de su compañero, exclamó con arrogancia: «pues el estandarte de la casa de Aguilar nunca huyó de los moros:» y se preparó á la defensa. Peleaba á su lado de rodillas su joven hijo don Pedro, atravesado un muslo de un flechazo y magullado el rostro con una piedra que le derribó dos dientes. «Retírate, hijo mio, y ve á consolar á tu afligida madre, le decia aquel padre tan tierno como valeroso: retírate y vive como buen caballero, no perezcan de una vez las esperanzas de nuestra casa.» El intrépido mancebo se obstinaba en seguir peleando, pero de cierto hubiera perecido si don Francisco Alvarez de Córdoba no le hubiera retirado de aquel peligroso sitio y llevádole donde estaba el de Ureña.

Este, que no habia sido mas afortunado, puesto que vió caer á su lado á su hijo, y se hallaba él mismo herido tambien, se defendió cuanto pudo con los grupos que habia logrado reunir. Pero se vió al fin

tan acosado, que se tuvo por dichoso de poder descender con unos pocos á la falda de la montaña, y de encontrarse á poco rato con el conde de Cifuentes y sus sevillanos, los que menos habian padecido en aquella noche fatal (16 de marzo), y ya juntos pudieron defenderse hasta el amanecer. Con la luz del dia volvieron los africanos, á manera de fieras, á sus agrestes guaridas; pero aquella luz descubrió tambien todo lo horrible de la catástrofe pasada. Las cañadas y laderas de aquellos riscos estaban sembradas de banderas y de cadáveres cristianos. Entre ellos se reconoció el del famoso y célebre ingeniero Francisco Ramirez de Madrid, á cuya inteligencia y bravura se habian debido tantos triunfos en la guerra de Granada. Muchos otros esforzados caballeros habian perecido en aquellas fragosidades.

¿Y qué habia sido del valeroso, del invicto y esclarecido don Alonso de Aguilar? Con dolor refiere el historiador el triste, aunque heroico remate que tuvo el hermano del Gran Capitan, que tambien fué uno de los mas insignes capitanes él mismo. Don Alonso de Aguilar llegó á verse solo, herido, sin caballo y casi sin armas, despues de haber tronchado por su mano las cabezas de muchos enemigos. En tal situacion pudo colocarse con la espalda apoyada en una gran roca, vuelto el rostro á los que le acometian y acosaban. Asi continuaba defendiéndose, hasta que un robusto y forzudo moro le obligó á luchar con él á brazo partido.

En la refriega desabrochósele el arnés al caballero andaluz: aunque herido el de Aguilar, se abrazó con su contrario, y ambos vinieron al suelo. Quedó encima el vigoroso moro, y el de Aguilar, viéndose vencido, como si esperára que su nombre habia de aterrar á su adversario: «*Yo soy*, le dijo, *don Alonso de Aguilar.*—*Y yo soy*, contestó el moro, *el Feheri de Ben Estepar.*» Al oír este odioso nombre, el cristiano se encendió en ira, recogió todo su aliento, é intentó descargarle el último golpe; pero le fué fácil al moro detener su casi desfallecido brazo, y clavando el puñal en el desnudo pecho del cristiano, le dejó sin vida. Asi acabó el insigne don Alonso Fernandez de Aguilar, llamado tambien de Córdoba, uno de los mas ilustres y de los mas hazañosos capitanes de la guerra de Granada, á quien por espacio de diez años de ruda campaña parecia haber respetado los alfanges sarracenos, para venir á terminar su brillante y gloriosa carrera á manos de un bandido en el oscuro rincon de una montaña (1).

Déjase comprender la sensacion que causaria en toda España el desastré de Sierra Bermeja: un mismo deseo de venganza ardía en los corazones de todos, y el rey don Fernando quiso, contra los consejos de sus cortesanos, marchar al frente de un cuerpo de tropas

(1) Mármel, Rebelion de los Moriscos, lib. I. c. 28.—Mendoza, Guerra de Granada, p. 43.—Oviedo, Quincuag.—Bernaldez, Reyes Cat. c. 165.—Abarca, Reyes de Aragon, Rey XXX.—Sentimos que el señor Lafuente Alcántara, en su Historia de Granada, c. 49, haya sido tan sucinto en la relacion de estos sucesos.

al corazón de aquellas sierras á castigar por sí mismo aquella gente feroz, y se presentó en Ronda á principios del mes siguiente (abril). Felizmente no tuvo necesidad de grandes esfuerzos para rendir á los sublevados. Estos se habian asombrado de su mismo triunfo, y reconociendo su temeridad, sabiendo las disposiciones que contra ellos se tomaban, noticiosos de la indignacion del rey, y reflexionando sobre su suerte futura, renunciaron á la resistencia y se decidieron á aplacar la cólera del monarca pidiéndole perdon en los términos mas sumisos. Oyó Fernando sus proposiciones, y queriendo unir la clemencia con la energía, las aceptó, concediendo indulto y general olvido á todos lo que habian tomado parte en la insurreccion, pero poniendo á todos los moros en la obligacion y alternativa, ó de abrazar la religion cristiana, ó de abandonar para siempre el pueblo español, perder sus bienes y trasladarse á Africa, ofreciendo suministrar naves al precio de diez doblas de oro por cada individuo para el transporte de los que optasen por este último partido. Pocos fueron los que le tomaron, siendo menos tal vez por el subido precio del transporte, y con estos cumplió el rey su promesa. La inmensa mayoría se decidió á bautizarse, no con la mayor vocacion ni con las mejores disposiciones, segun los escritores de estos sucesos ⁽¹⁾.

Aquellas sublevaciones y su resultado habian he-

(1) Bleda, Coron. lib. V. c. 27.

cho crecer el partido de Cisneros, esto es, de los que aconsejaban la conveniencia de las medidas violentas para lograr la conversion. Y como aun no estaba la nacion limpia de mahometanos, púesto que, si bien en el reino granadino, todos, en lo exterior por lo menos, habian dejado de serlo, habia todavía en Avila, Toro, Zamora y otros puntos de Castilla muchos moros de los que llamaban mudejares, Isabel y Fernando creyeron deber tomar con ellos una medida semejante á la que habian adoptado con los de Ronda y las Alpujarras. Primeramente espidieron una pragmática prohibiendo toda comunicacion entre estos y los recién convertidos de aquellas tierras, á fin de evitar el pernicioso influjo que pudieran ejercer en unos hombres que se suponian poco firmes ó mal contentos con la fé nuevamente abrazada. No se creyó esto lo suficiente para estirpar de raiz la semilla, y espidióse en Sevilla otra pragmática (14 de febrero, 1502) muy semejante al famoso edicto contra los judios. En ella se mandaba que todos los moros no bautizados existentes en los reinos de Castilla y Leon, mayores de catorce años siendo varones y de doce siendo hembras, ó recibieran el bautismo, ó salieran de la península dentro de un breve plazo (hasta fin de abril), pudiendo vender sus bienes y llevarse su valor en efectos que no fuesen oro, plata y otros artículos, cuya estraccion estaba prohibida, y pasar á otro país que no fuese Africa y Turquía, con los cuales España

se hallaba entonces en guerra ⁽¹⁾. Parece que los mas prefirieron abjurar sus antiguas creencias y recibir el agua bautismal, acordándose sin duda de los trabajos y miserias que pasaron los judíos cuando en un caso semejante prefirieron abandonar el suelo que los vió nacer á renegar de la fé de sus padres.

Desde entonces, por primera vez al cabo de ocho siglos, no quedó un solo habitante en España que anteriormente diera culto á Mahoma, ni uno solo que, al menos en apariencia, no profesára el cristianismo, y la unidad de religion quedó completamente establecida. La historia nos dirá despues si fueron sinceras y durables las conversiones por aquellos medios obtenidas, ó si por tales las reputaron en lo sucesivo los cristianos.

(1) Pragmáticas del reino, fol. 6 y 7.

CAPITULO XV.

ULTIMOS VIAGES DE COLON.

De 1494 á 1504.

esórdenes y guerras en la isla Española.—Conducta de Colon: castigos, medidas de gobierno.—Quejas y acusaciones contra el almirante.—Viene Colon á España á dar sus descargos.—Justificase con los reyes.—Nuevas honras y mercedes que recibe.—Prepárase su tercera expedicion.—Causas que la entorpecen.—Tercer viage de Colon.—Descubrimientos.—Nuevos desórdenes en la Española: medidas de paz.—Mas quejas contra el virey.—Comisionado especial de España para averiguar y castigar los desórdenes.—Colon es enviado á España preso y cargado de grillos.—Cambio favorable en el espíritu público.—Tierno recibimiento que le hacen los reyes.—Nombramiento de nuevo gobernador de Indias: Ovando.—Instrucciones benéficas de la reina Isabel.—Cuarto y último viage de Colon.—Desaire que recibe en la Española.—Gran naufragio de una flota que venia á España.—Trabajos de Colon en su cuarto viage.—Su penoso regreso á España.—Otras expediciones de españoles en aquel tiempo.—Ojeda, los Pinzones, Lope, Bastidas.—Expediciones y descubrimientos de navegantes extranjeros.—Sebastian Cabot, Vasco de Gama, Alvarez Cabral.—*Américo Vespucio*.—Quién era; su primer viage.—Por qué se dió al Nuevo Mundo el nombre de América.

Ni las atenciones de la guerra de Italia, ni la alternativa de regocijos y duelos, de fiestas y lutos por los sucesos prósperos y adversos de la real familia, ni el grave negocio de la reforma eclesiástica, ni las